



DIRECTORA

La Serenísima Sra. D.<sup>a</sup> María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

NÚM. 42

Salamanca 15 de Junio de 1909

AÑO IV

## DE MI VIDA

IMPRESIONES

XIX



El día siguiente, 14, á las siete y media de la mañana, salimos de Madrid en el automóvil de mis hijos; en la cuesta de San Vicente nos reunimos con la Marquesa de Squilache y los hijos del Conde de Casa Valencia; era un plan que teníamos hecho, desde el verano pasado, en una excursión que hicimos juntos al lago de Chiemsee. El tiempo era magnífico, y la subida del Guadarrama, tan pintoresca, la hicimos sin novedad; paramos en lo alto, al pie del león, que descansa tranquilo en aquella altura, y mientras refrescaban con agua de la sierra

las máquinas de los automóviles, escribí con gusto mi nombre en un libro, que sacó de una casucha obscura una pobre vieja; lo traía con religiosidad, y abriéndolo por el sitio en que se acababan los geroglíficos, lo volvió á cerrar con la misma indiferencia, después que pusimos en él la fecha y la fuerza que tenían los automóviles. “¿Está V. siempre aquí?”, le pregunte, pensando en lo que sería aquello en invierno. “Sí, señora; hace 35 años que vivo aquí”, me contestó, “y hace 20 que estoy viuda”. Vió en mi cara el asombro de su soledad, y añadió, para tranquilizarme: “Mi hijo vive conmigo”. Era como si hubiera dicho: “Tengo todo un mundo en esta choza”.

Empezamos á bajar el Guadarrama; al poco tiempo pasamos por un sitio muy pintoresco, con *villas* elegantes, que llaman San Rafael; el aire es allí tan puro, que los madrileños que quieran buscar verdaderamente la salud, pueden encontrarla, sin necesidad de arrostrar el cansancio de un viaje á la Eugadina. Contemplé con gusto esos destellos de lo que, con la ayuda de Dios y buena voluntad, podemos llegar á ser, y en eso en lo que podemos llegar á ser iba pensando, cuando aparecieron ante mi vista las históricas murallas de Avila, que me recordaban lo que fuimos; se comprende, con sólo mirar aquellas almenas, que la ciudad se llame “Avila de los Caballeros”. ¡Ah, si todas las ciudades supiesen guardar así los baluartes de su historia! Un ejemplo, de cómo se pueden hermanar los adelantos modernos con los recuerdos del pasado, nos lo da en Baviera la ciudad de Nieremberg, que ha conservado, como reliquia preciosa, sus vetustos monumentos, extendiendo sus alas de ciudad moderna alrededor de su muralla sin destruirla.

Seguimos corriendo leguas; el sol calienta tanto, que lamentamos no haya más árboles por los campos de Castilla; pero admiramos al mismo tiempo lo hermosamente, que iba saliendo el trigo por aquellas llanuras; así es aquella tierra silenciosa y sufrida; parece árida y nos da tanto pan; es la imagen del carácter de sus hijos; parece á veces seco y es todo corazón, todo verdad.

La bocina de un automóvil, que venía á nuestro encuentro, interrumpió mis reflexiones, y un instante después saludábamos á D. Gonzalo Sanz, que venía con su hermana y los Sres. de Santos, propietarios del automóvil, á darnos la bien-

venida en su tierra y enseñarnos á saborear todos los tesoros que encierra. Por de pronto nos anunció, que á poca distancia de allí había una dehesa, donde podríamos almorzar á la sombra de las encinas. Ellos venían prevenidos de abundante merienda, de la que formaban parte los ricos chorizos y lomos de Salamanca. Con los almohadones y las mantas de los automóviles se improvisó, debajo de las encinas, un comedor campestre, y como el artista fotógrafo Franzen nos acompañaba en la excursión, tengo, como recuerdo en mi cuarto, un grupo, que recuerda los tapices de Goya.

Para dar más color local á la escena, el cantor de la Catedral, Sr. Villares, que había venido también á nuestro encuentro, lanzó al aire algunas tonadas de la tierra con sus notas dulces y melancólicas y sus palabras sencillas, pero que dicen tanto, para que al oirlas por la noche en el teatro, tuviésemos una idea de cómo suenan por aquellos campos silenciosos.

A la mar se van los ríos,  
paloma revoladora;  
no pongas el pie delante,  
deja que ruede la bola.

¡Y al aire!

Deja que ruede la bola,  
que ella rueda y se divierte;  
y así me divierto yo  
la noche que voy á verte.

¡Y al aire!

\* \* \*

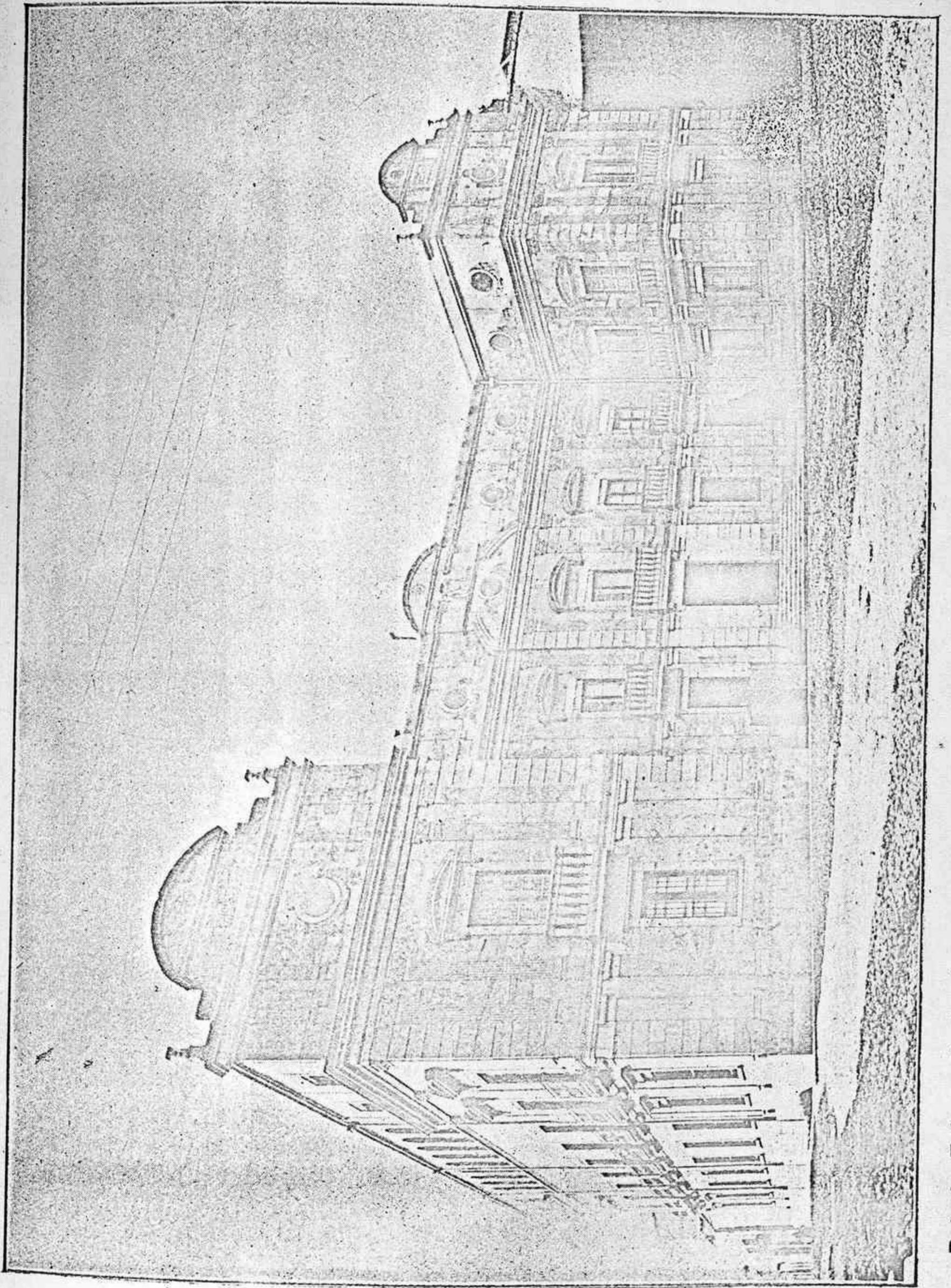
Anda y olé:  
niña resalada,  
peinate el tupé,  
porque ese peinado  
te dice muy bien:  
con el pañuelo de atados  
cuando te lo pones  
mira que estás bien.

Con tanto *quiquiriquí*  
y tantas modas al pelo,  
nunca llegarán á estar bien  
si no llevan buen pañuelo.

Hubiéramos deseado prolongar aquel ameno descanso; pero no era posible dejar volver á Adalberto á Munich, sin

que adquiriera alguna idea de las bellezas incomparables que encierra Salamanca. Llegamos bastante tarde, á pesar de nuestra buena voluntad. En Peñaranda nos quiso detener el pueblo que, rodeando á las autoridades, se apiñaba en las calles, pero les prometí que á la vuelta me detendría y naturalmente cumplí mi palabra, porque me gustó desde luego la ciudad y el carácter de sus hijos, paseándome á pie por las calles y visitando la Iglesia que, como todas las que ha levantado la fe española, es grande y encierra hermosas imágenes. Por muy pobres que sean las casas que las rodean, en las iglesias de España se encuentra siempre algún tesoro. El español cuida más de los ensueños del alma que de las necesidades de su cuerpo.

¡Con qué alegría vibró en mi alma el repique de las campanas de Alba! A pesar del cansancio, que ya empezaba á sentir en el camino y de lo mucho que aún calentaba el sol, subí la empinada cuesta, que da á la Basílica, sin darme cuenta de que andaba. ¡Me decían cosas tan bonitas aquellas gentes que se apiñaban alrededor mío! Viendo que me volvía á ver si me seguían mis hijos, que como siempre tomaban sincera parte en mi alegría, exclamó uno de aquellos hombres: "Sí, todos somos sus hijos". Esa palabra fué la mayor recompensa á todos mis desvelos. Habían comprendido que la Basílica se levantaba por ellos tanto como por la gloria de Santa Teresa, y confieso que, cuando á veces me asalta la duda, de si la Santa en su modestia, me va á regañar de que haga tanto ruido con su nombre, me excuso diciéndole: "Santa bendita, si es más por ellos y por España que por tí"; y sé, que entonces me ayuda en lugar de regañarme. Uno de los obreros me entregó una cajita de cartón diciendo: "para su hija y sus nietos; es un trabajito mío"; la abrí y me encontré un altarcito de yeso torneado, primorosamente, con sus candelabros y todo para mi hija; una carraca que, á pesar de lo pequeñita que es, suena mucho, para mi nieto mayor, que está encantado con ella y lo que más me conmovió fué un anillo, también de yeso, muy finamente pulimentado, para que le sirviera al pequeñito de chupador, cuando le empiece la dentición, y tratar de ese modo de evitarle algunas de esas lágrimas, que vierten por igual los Príncipes y los mendigos. ¡Qué manera tan delicada de pagarme las lágrimas que yo había enjugado dándoles trabajo! ¡Y con qué fe y energía han traba-



Palacio Episcopal, donde se hospedó S. A. la Infanta Doña Paz durante su estancia en Salamanca

jado todos! Hace tres años apenas salían los cimientos del suelo, y ahora había ya tres capillas abiertas al culto. Yo no tenía palabras para expresar mi asombro y mi alegría. Don Gonzalo no decía nada, pero en su mirada podía leerse: "¿no le dije que la haríamos?, pues ya ve cómo se hace,,.

Iba cayendo la tarde y queríamos llegar de día á Salamanca; apretamos la velocidad de los automóviles y al poco tiempo nos bajamos en el hermoso Palacio episcopal, que tan amablemente había puesto á nuestra disposición el Sr. Obispo. Mientras mi hija y yo nos arreglábamos y descansábamos un poco en nuestra comfortable habitación, Adalberto visitaba los principales monumentos con D. Gonzalo, y volvía entusiasmado, para comer en su casa, donde ya nos habíamos reunido todos con la familia del Canónigo y el Sr. Obispo.

Después de comer pudo Adalberto oír todavía con nosotros en el teatro las cantos charros, tan llenos de poesía y que con tanto arte ejecutaron la sociedad *Bohemios*, los cantores de la Catedral con los niños de coro, vestidos á la usanza de los estudiantes de los antiguos colegios universitarios, con mantos rojos y anchas becas negras; y algunas muchachas, muy bonitas, que lucían el rico traje de charras. Pero el sud-express que va diariamente de Lisboa á París iba adelantando rápidamente, y Adalberto tenía que cogerlo á su paso por Salamanca. No hubo más remedio que separarnos; el deber ante todo.

Al día siguiente, 15 de Abril, tuvo lugar la inauguración y seguidamente la misa de la tercera capilla de la Basílica. Terminada la ceremonia, el Sr. Obispo dirigió sentidas palabras á la multitud.

Yo había pensado muchas cosas, que tenía gana de repetir á la Santa junto á su sepúlcro y fuimos al convento de las Madres. El pueblo entero quería entrar con nosotros, pero no fué posible complacer á todos, y estoy segura que los que tuvieron que quedarse fuera se enfadaron conmigo; lo comprendo perfectamente, y espero sólo que no me guarden rencor.

Desde los balcones de la casa de Ayuntamiento presenciábamos las danzas del país y después de tomar allí un refresco, quisimos dar una última mirada á las obras de la Basílica antes de marcharnos. Nos costaba mucho separarnos de aquel lugar y para facilitar la despedida se subió D. Gonzalo

sobre un banco, y dijo á aquella gente, lo que yo había querido hacer por ellos, y á mí lo que ellos querían hacer por mí, y á todos las bendiciones y prosperidad que atraería sobre el país nuestro trabajo común. Inútil es decir el entusiasmo que produjo esta explicación.

Volvimos á Salamanca, y comimos en casa del Sr. Obispo. Por la tarde fuimos á la plaza Mayor. Yo hago siempre en todas partes, lo que es costumbre hacer, y en Salamanca es costumbre pasearse todas las tardes alrededor de la plaza Mayor, que es en la forma como la de Madrid, pero más grande y más hermosa. Bajo aquellos arcos, que resguardan del sol y de la lluvia, se encuentran los mejores comercios de la población—y allí pasan los salmantinos sus mejores horas—mientras en el centro de los jardines toca una banda las mismas piezas que se oyen en los balnearios más de moda, se pasea la gente por la acera de los arcos. Hay lo que se llama la vuelta de las señoras y la vuelta de los caballeros, porque van en dirección contraria, para encontrarse fácilmente. Yo hubiera querido dar algunas vueltas con tranquilidad y mirar los elegantes escaparates, pero no me fué posible, á pesar de que bajamos del Ayuntamiento, donde nos habían ofrecido un espléndido refresco, bastante antes de la hora del paseo, apenas habíamos puesto el pie en la calle, cuando los estudiantes prorrumpieron en un atronador “¡Viva la rubia!”, aludiendo á un artículo, que había publicado aquella mañana *El Adelanto*, en el cual veía el autor, con los ojos de su brillante fantasía, personificadas en mi hija las leyendas del Norte, aunque en su mirada se traslucía un alma española. Se titulaba el artículo “La Princesita rubia”. La juventud necesita poco para entusiasmarse. Nos rodearon los estudiantes, y el pueblo se agregó á ellos y todos gritaban con tanto gusto, y como todos veían nos gustaban las cosas que decían, no nos dejaron hasta que subimos de nuevo á los coches. Por fin nos refugiamos á descansar un momento en casa del Canónigo y á hablar con sus padres, que tan identificados están con nuestra obra; el padre de D. Gonzalo, D. Rodrigo, que modestamente; como su madre D.<sup>a</sup> Amalia, una imagen viva del *Ama*, de Galán, se queda siempre en la obscuridad, nos ayuda mucho en la revista, y, además, aquella casa, en la que no se trata á los pobres más que como hermanos, es el refugio de todo el que está triste ó tiene algún apuro. Allí ví

á los padres de los chiquitos, que se están educando en Munich; vinieron de sus pueblos sólo por verme, y me dieron tantas gracias y tantos encargos para sus hijos, que yo cumplí, naturalmente, al día siguiente de llegar á Munich, mientras los chicos saboreaban, como manjar del cielo, uno de los chorizos que les traje.

Por la noche cenamos en casa del otro D. Gonzalo, tío y padrino del Canónigo, Director de la Escuela Normal y compadre mío, puesto que fuí, hace tres años, madrina de la niña, que nació el día que llegué á aquella hermosa casa; la niña lleva mi nombre. Está monísima mi ahijadita. Es hermosa la vida de familia en aquella tierra; los niños crecen al lado de sus padres y fundan más tarde una familia, como la que ellos tuvieron.

Mientras estábamos comiendo vinieron á pedirme un artículo, que había prometido por la mañana; les dije que aguardasen un instante y allí, en la misma mesa, con lapiz, escribí lo que escribo siempre, impresiones y recuerdos; cómo mi hermano me dijo un día al traerme una martilla y unos pendientes de charra, que conservo entre mis recuerdos, que en tanto no conociese á Salamanca, no podía decir que conocía á España. Mi hermano tenía razón.

Aquella noche fuimos á otro teatro también muy bonito, y al día siguiente por la mañana oímos la misa, que dijo D. Gonzalo en la Catedral delante de una imagen de la Virgen, de talla hermosísima, con su hijo muerto en los brazos. Después de visitar las joyas artísticas que se conservan allí, entre otras, la Virgen de la Vega y el Cristo del Cid, pasamos á la Universidad, tan renombrada en la edad media y al hablar con su ilustrado Rector, en varias lenguas, pensaba yo que el gran número de extranjeros, que van todos los años á visitar la docta Salamanca, no saldrán desilusionados después de encontrar en la Catedral y Universidad tales *cicerones*. Luego nos detuvimos un buen rato en el claustro del convento de las Dueñas; da lástima cerrar de nuevo las puertas de tanta hermesura arquitectónica; y desde allí fuimos á dar un vistazo al otro magnífico claustro de Santo Domingo; porque al salir había yo dicho: "Señor Obispo, arrégleme V. una Junta de señoras para cuando vuelva". Se avisó á D. Tomás Redondo, se corrió la voz y el espacioso salón del Palacio episcopal se llenó de distinguidas señoras. Les habló el señor



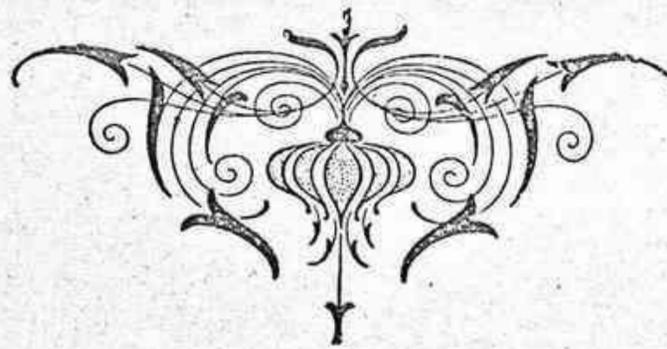
Detalle de la fachada de la iglesia de Madres Carmelitas de Alba de Tormes

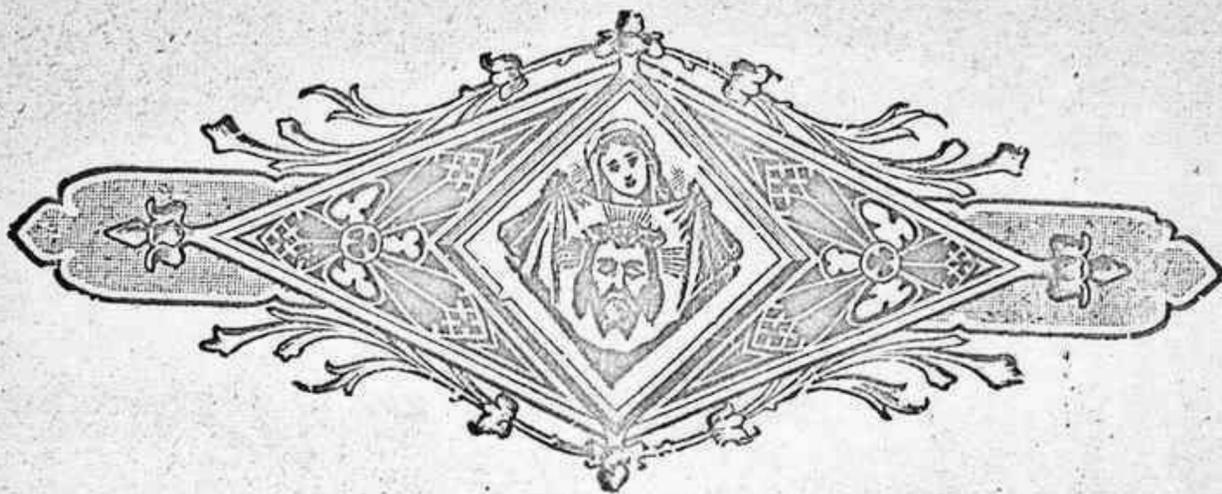
Obispo y entre D. Tomás Redondo, D. Gonzalo, la Marquesa de Squilache y yo, les explicamos que no se trataba de dar grandes sumas de dinero, sino de la constancia en reunir céntimos, para levantar la Basílica. Nos entendimos todos muy bien y desde aquel día ha vuelto á haber otra junta allí y estoy muy contenta del giro que han tomado las cosas.

Hubo, por fin, que arrancar de Salamanca. A pesar de no habernos detenido más que en Peñaranda, se ponía el sol cuando llegábamos á lo alto del Guadarrama. Aquellas rocas en el crepúsculo de la tarde, tenían el aspecto imponente de la decoración de la Valkyra; todos los compañeros de viaje pensamos en aquel mundo legendario, hasta el punto de que al ver destacarse, subido en una roca, la silueta de un pastor, exclamamos todos á coro: "¡Wotan!". La noche era espléndida y por las cercanías del Pardo estaba el aire perfumado de tomillo. Subimos la cuesta de la vega, y en aquella casa, donde todo es paz y todo cariño, me esperaban mis hijos, deseando oír nuestras aventuras.

PAZ.

*(Continuará).*





## Una peregrinación española á Lourdes

---

Vano París que, en tenebrosa noche  
De profunda impiedad, profundo sueño  
Duermes, arroja tu mortal beleño,  
Levanta, y oye el español reproche  
Que en tu suelo te da su sacro empeño.

Levanta tu cabeza adormecida,  
Y contempla el ibérico concurso  
Que á dar prueba á tu Francia descreída,  
Va de su fe sencilla sin discurso,  
De su robusta fe, su intensa vida.

Una colina yace del Pirene  
A la falda francesa, que cultivo  
Apenas ni de miés ni de árbol tiene,  
A cuya base serpeando viene  
De un arroyuelo claro el curso vivo.

En el fondo de la áspera colina  
Ábrese una capaz oscura cueva,  
Un tiempo al mundo extraña y peregrina,  
Hoy peregrino al mundo á verla lleva,  
Y su recuerdo sólo al cielo eleva.

Paraje un tiempo despoblado, nada  
En su contorno vióse de notable;  
Hoy con prodigios lo hacen memorable  
La gruta de María visitada,  
La sacra fuente por María creada.

Un templo en lo alto y otro soterrado,  
Casas y hoteles, hechos en contorno  
Del pueblo fiel y el hombre interesado,  
Al peregrino prestan en retorno,  
Con devoción, comodidad y adorno.

Este paraje complació á la Madre

Del Verbo Dios y en él puso su asiento,  
 Para sus gracias derramar sin cuento,  
 Para atraer los hijos hacia el Padre,  
 Y milagros obrar de ciento en ciento.

Bernardetta feliz; niña inocente,  
 Que no catorce abrilés cuenta apenas,  
 Fué la escogida de la Virgen; siente  
 De verse sublimada, humildés penas;  
 Pero á Dios es inútil hacer frente.

Aquí en grupos de millares  
 La española peregrina  
 Gente, con ardor camina,  
 Gala haciendo de su fe.

No hay Pirenes, ni distancias,  
 No hay estorbo á su deseo;  
 Es por fe, no por recreo,  
 Que en Francia pone su pie.

He aquí que ya silba  
 El tren portentoso  
 Un humo volcánico dejando tras sí.  
 Se acerca, se pára,  
 Y al grito de Lourdes  
 Ondeadas ibéricas lanzando le ví.

Sí, yo te ví, vehículo estupendo  
 Del hierro y fuêgo y agua arrebatado,  
 Cuya cola terrífica traslado  
 Fácil á mole innumerable da.

Yo te ví de tu cola cavernosa  
 Echar vez triple inmensa pesadumbre  
 De infinita española muchedumbre  
 Que en tu fuego y vapor romera va.

No teme tu satánico rugido  
 Ni tu veloz y fácil precipicio,  
 Ni el sonreír sarcástico del vicio,  
 Ni la mirada de París glacial:

No la atruenan tus silbos espantosos,  
 Ni la que siempre arrastras gente impía,  
 Para que en toda tu tremenda vía  
 No suene grato canto celestial.

Ya sea que veloz salves la calva  
 Peña, ya saltes el profundo valle,  
 O dentro el monte te abras llana calle,  
 Masas inmensas arrastrando en pos;  
 Siempre oirás á la romera España  
 Que al rechinar del humo y los vagones  
 Mezcla dulce murmurio de oraciones  
 Y canta en són süave el Santo Dios.

Gloria á tí, portentosa romería

Que al pueblo hispano hiciste sin segundo,  
 Gloria á tí que has mostrado á todo el mundo  
 Lo que hacer puede la española fe:

Gloria á los infinitos que al camino  
 Arrojarse en espíritu yo veo;  
 Cuyo pecho arde en no menor deseo  
 De ver á Pío y de besar su pie.

—  
 Sálese el hispano  
 A la tierra extraña,  
 Y al ver la montaña  
 Que á la Virgen vió,  
 Y al hollar la tierra  
 Que pisó María,  
 Himno de alegría  
 De hinojos cantó:

«Salve, estrella del mar y luz del día,  
 Madre de Dios y Virgen siempre santa,  
 Puerta feliz de la eternal mansión;

Al visitar la tierra sacrosanta  
 Bendecida por tí, dame alegría,  
 Ternura celestial y devoción».

—  
 Dijo, y con fe que seca el hondo mar,  
 La roca abre y trasplanta la montaña,  
 Aquella multitud de gente extraña  
 Apresúrase ansiosa á visitar  
 El milagroso célico lugar.

Pronto en su cuello brilla el gran rosario  
 Que virginal amparo le asegura,  
 De grandes cuentas y de color vario;  
 Pronto gusta aquella agua santa y pura  
 Famosa en tanta prodigiosa cura.

¿Quién podrá celebrar el grande ardor  
 Con que de Dios en la Sagrada estancia  
 Se confunden los himnos de loor  
 Del órgano, del pueblo y del cantor,  
 Y la lengua de España y la de Francia?

¿Quién cantará el consuelo que disfruta  
 La procesión nocturna en la colina?  
 Y cuando el polvo de la dulce gruta  
 Que la Virgen sin mancha holló benigna,  
 Besó, ¿quién sus deliquios imagina?

¿Y qué, al poner el colmo á la función  
 Con el más digno filial servicio,  
 Cuando todos con sacra emulación,  
 O inmolan al Dios vivo en sacrificio,  
 O recíbenle en dulce comunión?

—

Vano París, que en tenebrosa noche  
De fría irreligión profundo sueño  
Duermes, arroja tu mortal beleño;  
Levanta, y oye el español reproche,  
Que en tu suelo te da su sacro empeño.

Levanta tu cabeza adormecida,  
Y contempla el ibérico concurso  
Que esa prueba á tu Francia descreída  
Da de su fe sencilla sin discurso,  
De su robusta fe, su intensa vida.

.....  
Ya perfumada del celeste aroma  
Que difunde de sí la hermosa Lourde,  
La romería el derrotero toma,  
Del tubo al són que al firmamento aturde,  
Para la de su amor ansiada Roma.

G. H. ORDÁS.





## FRAGMENTOS DE UN VIAJE Á LOURDES



EXPRESAR la emoción que se experimenta, decir la sensación de paz, de consuelo, que se siente á las plantas de María Inmaculada, es imposible; son cosas que se sienten, no se explican, no se describen; aquel que pueda, vaya á Lourdes, y verá cómo resulta pálido y pobre cuanto la pluma más elocuente pudiera traducir de la impresión recibida en la Gruta de Marsaheille, amparado con la hermosa realidad del que consigue ir á Lourdes á contarle á la Virgen sus amarguras y tristezas, sus amores y sus dichas, sus esperanzas y temores, la vida, en fin, tal cual es la vida del hombre sobre la tierra, que únicamente encuentra reposo y sosiego bajo el manto de María, á quien no en vano saluda: "Salve, Madre de misericordia... A tí suspiramos gimiendo y llorando... Vida, dulzura y esperanza nuestra..."

La tarde de nuestra llegada nos reunimos en la Basílica, y el Rvdo. P. Moga nos dirigió la primera plática, que versó sobre la definición del dogma de la Inmaculada Concepción y la parte activísima é importante que jugó España en la tramitación del expediente que se cursaba en Roma, acompañando su brillante disertación de muchos datos, que nos probaron una vez más que el *esclavito de María Inmaculada* no ha perdonado ocasión ni momento en el estudio que se relaciona con uno de sus cuatro amores: *María en su Inmaculada Concepción*.

La bendición del Santísimo Sacramento resultó muy solemne; y terminada ésta, como ceremonia preparatoria, re-

gresamos al hotel en medio de una lluvia pesadísima, que hizo que apenas se pudiese celebrar aquella noche la llamada procesión *aux flambeaux*, en español procesión de las antorchas.

Cuando desde la cama, antes de dormirnos, oímos el ruido del Gave, que semeja algunos sitios el del mar, una alegría muy dulce nos llenó el alma al pensar que la Virgen, desde su Gruta, guardaba el descanso de sus hijos, venidos *de aquella tierra, cuna del noble pueblo español*, á decirle su amor y testimoniarle su inquebrantable adhesión y que la primera etapa de nuestro viaje había terminado con toda felicidad.

A la mañana siguiente, el Sr. Obispo dijo la misa y nos dió la comunión á las ocho y media; durante ella rezamos la estación al Santísimo y cantamos las estrofas del *Altísimo Señor*.

Muchos enfermos estaban en la Gruta rezando con sumo fervor y devoción.

Además de nuestra peregrinación, había una alemana, en número de *dos mil*, edificando realmente el recogimiento, la fe, con que se portaron durante todo el tiempo de su estancia en Lourdes; no entendíamos lo que decían, pero en sus miradas, en sus rostros, en sus ojos bañados en lágrimas, se advertía el mismo deseo, idéntico afán que el que latía en el fondo de nuestro pecho; allí todos éramos unos, hijos de la Virgen, hermanos en Jesucristo, cristianos que no se asustaban de proclamar su glorioso título á la faz del universo, católicos convencidos, que iban á la Gruta á recibir de la Madre de la humanidad el aliento para seguir la contienda que no ha de terminarse, sino al cerrar los ojos á la vida de la tierra para abrirlos á la de la eternidad.

Y llegó aquella mañana la peregrinación de *L'Union Catholique des employés des chemins de fer* con sus numerosos estandartes, representando cada diócesis, y fué un espectáculo extraño, emocionante, la presencia de aquellos hombres bretones, empleados del ferrocarril, que en plena nación francesa confesaban á Cristo y á María sin respeto humano, exclamando, como reto lanzado por ellos á los Gobiernos de su pobre país: *¡Nons avons conservé la foi! ¡Hemos sabido conservar la fe!*

A las diez hubo misa en la Basílica, terminada la cual,

dirigió la palabra á los peregrinos, con un entusiasmo que se comunicó á todos, el P. Juan Carrillo, sacerdote de Toledo, verdadero misionero, que hizo vibrar, con latidos de intensa emoción, los corazones de los españoles reunidos en Lourdes.

Habían citado á los enfermos para su entrada en las piscinas á las tres de la tarde, y á los peregrinos para que acudiesen á rezar y á pedir á María Inmaculada por los pobrecitos.

La escena, la misma de siempre; la multitud, en la parte exterior pidiendo sin cesar, con los brazos en cruz, clamando al cielo, el *Parce Domino, parce populo tuo*, rezando el rosario, sin interrumpirlo más que para murmurar fervorosas invocaciones á quien allí, más que en parte alguna, es realmente *Salud de los enfermos, Consuelo de los afligidos...* Y dentro las mismas plegarias, mientras los pobres enfermos se despojan de sus ropas para entrar en el agua que los ha de curar ó, por lo menos, dulcificar sus penas y llenar sus almas de paz y de dulce resignación. El momento de meterse en el agua los enfermos emociona al más insensible... Yo confieso que ha sido una de las mayores de las sentidas durante toda la peregrinación... Las lágrimas de los pobres enfermos; las invocaciones que sus labios trémulos balbucean sin cesar; los besos que imprimen en la imagen de la Virgen de Lourdes; las enfermedades que tan á la vista se muestran allí, y que lo mismo se ceban en el rico que en el pobre, en el niño que en el anciano; todo se reúne para que el cuadro sea triste, sea sombrío, aunque iluminado con el dulce destello de la esperanza que baja de la mirada de la Virgen Inmaculada, la cual murmura seguramente al oído de cada uno de sus hijos desgraciados que acuden á ella: "¡Ven, pobre hijo, no desconfíes; si la salud no te conviene, te daré el cielo, te prometo ¡oh, sí!, como lo prometí á Bernardita, hacerte feliz, no aquí en la tierra, en la tierra todas son penas..., pero sí en el cielo...; confianza y fe, haya paz en tu alma; sal de aquí resignado, yo lo quiero, yo te lo concedo!"

Y salen los enfermos con una sonrisa serena en sus labios, que el dolor contraía momentos antes..., y en sus ojos parece que se refleja la serenidad y dicha de la gloria aun en medio de sus sufrimientos.

La procesión del Santísimo aquella tarde del domingo, 24

de Mayo, resultó magnífica, y sería preciso tener una pluma maravillosa para describirla.

En la inmensa explanada, á los dos lados, se extendían las filas de enfermos y sanos, pertenecientes á las tres naciones, que entonces tenían en Lourdes su representación, Alemania, Francia y España; las plegarias de todos se elevaban al cielo por los enfermos, mientras avanzaban despacio los que llevaban los estandartes; el nuestro iba el primero, nuestra bandera, blanca y azul, llevada por uno de nuestros peregrinos, Enrique del Arco, y cuya bandera, como decía en un artículo publicado en *El Universo*, parecía guardar en sus pliegues, al agitarlos el viento, los nombres de los hijos de España para depositarlos á las plantas de María Inmaculada. ¡Una emoción intensa agitaba los corazones de todos, y los tres idiomas, fundiéndose en uno cuando llegaban al cielo, eran la confirmación más contundente de la unidad, que es la base y fundamento de nuestra sacrosanta Religión! ¡Rezábamos, sin entendernos unos á otros, pero Jesús nos comprendía, sabía que todos á una le proclamábamos Rey y Señor, y le pedíamos favor y misericordia para nuestros enfermos! En medio de este imponente clamoreo fué entrando en la explanada el Santísimo Sacramento, y pasó bendiciendo á todos; nuestros corazones latieron precipitadamente y bañaron las lágrimas nuestras mejillas, lágrimas candentes al pensar en los que faltaban, lágrimas de amor y gratitud hacia Jesús en el Sacramento de la Eucaristía. Terminada la procesión, nos reunimos al pie de la escalinata que lleva al Rosario, y juntos los alemanes, los franceses y los españoles, recibimos la bendición episcopal, que nos dió nuestro Prelado, y á continuación los vivas de la nación francesa saludaron á España, que contestó con otros á los católicos franceses, mientras los alemanes, levantando á una los brazos, lanzaron sonoros y entusiastas ¡*Hoch!* ¡*Hoch!* en honor de España, que recibió agradecida el doble saludo de Alemania y Francia.

Tornamos á reunirnos en la Gruta, en donde, con todo fervor, rezamos el rosario, entonando seguidamente el himno de la peregrinación, separándonos luego para reunirnos de nuevo, después de cenar, en el mismo sitio para la procesión solemne de las antorchas, uno de los espectáculos más grandiosos que se presencian en Lourdes, y que la noche

aquella revistió una triple grandiosidad, porque en honor de las tres naciones iluminaron la Basílica, el Rosario y la Virgen, coronada de la explanada que, juntamente con los miles de luces que se movían á semejanza de fuegos fátuos, daban á la parte aquella de Lourdes el aspecto de una inmensa ascua de oro.

Cabe asegurar que no cesaron de repetir en toda la primera parte de la noche los ecos de los montes el *¡Ave! ¡Ave! ¡Ave Maria!* ¡Qué hermosa aplicación tienen en Lourdes estas palabras de la Santísima Virgen cuando saludó á su prima Santa Isabel: *Beatam me dicent omnes generationes.*

*¡Todas las generaciones me dicen bienaventurada!*

Aún quedaba un último acto que cumplir y que cerrase las páginas de aquel día venturoso, acto voluntario. Unos cuantos nos quedamos velando al Santísimo hasta las doce, en que se reservó y se dijo misa, comulgando en ella con especial devoción.

El lunes se repitieron las mismas devociones; amaneció el martes, hablándonos del final de nuestra jornada en Lourdes; como de costumbre, oímos misa y comulgamos en la Gruta; subimos luego á rezar el *Viacrucis* por la montaña, y bajamos de nuevo á postrarnos á los pies de María. Mas ¡ay! para despedirnos de ella! Subióse al púlpito nuestro Prelado, y en torno suyo nos congregamos sus ovejas... ¡Qué bien supo encontrar el camino de nuestros corazones! ¡Cómo habló de la devoción de España hacia la Inmaculada, de los votos presentados por él á la Virgen por todos y cada uno de los peregrinos! Los ojos se arrasaron en lágrimas al escucharle, y un sentimiento de amor intenso conmovió nuestras almas mientras sonaban en el aire las frases de nuestro Pastor. Le reemplazó el P. Carrillo, despidiéndose en nombre de todos de la Virgen. Sus fervorosas palabras nos hacían llorar, nuestros labios murmuraban una última plegaria, y de rodillas, en cruz muchos, nuestra bandera en alto, nos despedimos de la Gruta, prometiendo volver, y con la efusión mayor que supimos hablar exclamamos:

*¡Aquí dejamos los corazones!  
¡Dános, María, tu bendición!*

En la estación de Lourdes nos despidió el Excelentísimo Sr. Obispo de Tarles, quien se mostró en extremo cariñoso

con nosotros, regalándonos una medalla de la Virgen, que agregamos á nuestro distintivo, saliendo el tren entre los atronadores vivas que los peregrinos dábamos á la Virgen de Lourdes...

*Que desde el trono de sus favores  
Siempre hacia España mirando está.*

MARÍA DE ECHARRI.





## Cervantes como escritor cristiano



El culto á Cervantes no mengua ni decrece, antes se agiganta de edad en edad, rebrillando su memoria con fulgores sin sombra.

Doscientos noventa y tres años hace que murió en Madrid el autor de *Don Quijote*; y la fama, cada vez más, repite y encumbra el nombre de aquel ingenio incomparable que rinde y sujeta los ánimos más ligeros y move-dizos

No hay escritor que haya ahondado tanto como Cervantes en el alma de la humanidad; y es, sin duda, por el sentido profundamente espiritual de sus obras.

Esa tendencia sensualista al lujo y á los placeres; esa sed insaciable de oro y de riquezas; ese menosprecio salvaje de la vida, consecuencias lógicas del panteísmo moderno, deprimen la razón y cortan los vuelos del genio.

El espiritualismo cristiano, el espiritualismo que despier-ta la sacrosanta religión de las tres virtudes teologales y de las bienaventuranzas, estableciendo la multiplicidad real de los seres y la distinción real y sustancial entre Dios y el mundo, engrandece al hombre, abriendo á su razón y á su senti-miento un espacio infinito, donde caben todas las maravillas y todas las grandezas, todos esos primores del pensamiento y de la forma, que se perpetúan en la admiración de las edades.

La historia comprueba esta verdad, señalando la doctrina católica como tierra fecunda, que produce los talentos, y arrojando como criterio á las esferas de la ciencia, de la eru-

dición y de la literatura el principio de nuestra fe, como piedra de toque para reconocer y aquilatar el oro puro, que dejó el pensamiento humano en el fondo de los siglos.

Al resplandor que irradió de la Cruz, encendiendo los horizontes de la conciencia, penetran en los profundos senos de la idea Santo Tomás y San Anselmo, San Agustín y Bossuet; sorprenden el secreto de las obras literarias Lope, Calderón y Cervantes, y fijan en el lienzo celestiales visiones Murillo, Juanes, Zurbarán y Coello.

La religión católica ha sido el amor de los genios y la fuerza que ha engrandecido y sublimado á todas esas almas privilegiadas que, elevándose tanto y tanto, han desaparecido en el cielo, como los ángeles, para mandar desde las invisibles cumbres de su inteligencia raudales de luz, que bañen eternamente la frente de las generaciones.

Cervantes pertenece á esa raza privilegiada de escritores, formados en el ideal cristiano, que hizo brillar en las letras y en las artes la verdad, el bien y la armonía bajo el esmalte deslumbrador de lo sublime.

Veamos de patentizarlo.

Don Quijote es un héroe lleno de fe, de afecto absoluto y dispuesto siempre á sacrificios sin límites.

El caballero manchego, en medio de los caprichos de su alucinada imaginación, no levanta en nuestra mente la esquividad y el menosprecio que provocan los bufones.

Los actos del hidalgo ocultan una idea sublime, una idea hija de la moral de Jesucristo.

Amparar al desgraciado, castigar al inicuo, perseguir el vicio, limpiar de injusticias el camino de la vida; he ahí el fondo de la incomparable narración, fondo cristiano y fondo por ende elevado y grande, porque es el preciado de nuestra fe, á cuyo calor regenerador y prepotente hasta las piedras de las artísticas Catedrales góticas parece que se adelgazaron, levantaron, desvanecieron y espiritualizaron como la criatura racional.

Arránquense de la novela las exageraciones y desvíos que empañan el alma de Don Quijote, y se verá cómo se enderezan admirables las más estimables prendas. El ansia de verdad y de justicia, el entusiasmo por todo lo grande, la generosidad más simpática, el acatamiento á lo sobrenatural, la creencia en un amor desinteresado y puro, todo acusa la fuen-

te clarísima de la inspiración del que supo levantar, al amor y al aplauso de las edades, tipo tan gallardo y nobilísimo.

Don Quijote, digan lo que quieran algunos críticos, empeñados en empequeñecer la trascendencia de las obras del ingenio, es un verdadero paladín de la moral, es la más elocuente y amena campaña contra la ingratitud y la injusticia, contra el egoísmo y el sentido *positivista* del vulgo sin elevación.

La idea cristiana reverbera en los consejos del hidalgo, en sus disertaciones, en sus mismas contrariedades y desfallecimientos, en sus arengas y galanteos, en sus alucinaciones, y en sus atrevimientos y denuedos.

La perfección es su quimera; la felicidad completa es su sueño, es su fantasma, que persigue sin cesar, pero que no encuentra jamás.

Discretamente disculpa á Pasamonte sus amenazas, librándolo de la vara del comisario; tiene un poco la humana justicia que condena al galeote, cual si percibiese sus yerros y ceguedades á la luz de la eterna; exhorta cristianamente al bandido Roque para que se aparte de la senda del crimen, y señala en su bello discurso sobre las armas y las letras la subordinación de la razón á la fe, de lo terreno á lo sobrenatural, de la filosofía á la teología con esta sencilla afirmación: "Las letras divinas tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como este, ningún otro se le puede igualar."

El hidalgo manchego es, pues, un conjunto de levantadas cualidades, de cristianos arranques y de generosos propósitos mezclados con la levadura recogida en los libros de caballería, que á ratos es parte para eclipsar su entendimiento y determinar su voluntad á acciones risibles y extrañas.

Pero el fondo de bondad del caballero se percibe en medio de sus locuras; su alma es demasiado grande para no ser vista, y el mismo Sancho Panza la comprende y la revela cuando, enternecido ante la aflicción de Maese Pedro, le dice: "No llores, Maese Pedro, ni te lamente, porque te hago saber que mi señor Don Quijote es tan *católico y escrupuloso cristiano*, que si cae en la cuenta de que te ha hecho algún agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas."

Y no se equivocó Sancho, pues, aunque rústico, su pene-

tración natural le hacía mirar sin nubes el fondo cristiano y justiciero de su amo, que poco á poco dijo á Maese Pedro: "Vea lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana,,.

Despeñado de lo alto de sus ilusiones, melancólico y triste ante la contemplación de la menguada realidad, pero con el alma en Dios, y la vista fija en el cielo, Don Quijote nos muestra también un preciado ejemplo de cristiana muerte.

Al despertar del sueño, se desvanecen ante sus ojos la niebla de las quimeras y el humo de percederas glorias, exclamando con fervor edificante: "Las misericordias de Dios no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres,,.

El cura y el bachiller quieren aún resucitar los sueños de su vida de aventuras, pugnan por hacer revivir en la mente del caballero andante las visiones que le mostraron realizables sus altos propósitos. En vano. Don Quijote quiere morir, desea contemplar la verdad pura y sin mancha, y se abraza con inefable gozo á la fe, que lució siempre en el fondo de su inquieto espíritu, diciendo: "Déjense burlas á un lado y tráiganme un confesor,,.

A. GARCÍA MACEIRA.





Bajo relieve en bronce de la fachada de San Juan de Sahagún de Salamanca



# SOLO PARA LOS SERRANOS

(Dedicada á mi querido paisano, M. I. Sr. D. Jacinto Iglesias, Arceñano de Santander, y leída por el autor en la fiesta escolar de Linares de la Sierra, 4 de Julio de 1908).

## I

Maravilla sin nombre por su grandeza,  
Paraíso de mieles por su belleza,  
Deliciosos verjeles con ramos de oro;  
Ajimez que en sí guarda un rico tesoro  
De castaños, olivos, nogales, viñas,  
Avellanas, naranjas, madroños, piñas...  
La Sierra es un conjunto de mil primores  
Con que ornó al mundo la madre Tierra;  
Trono de silfos, nido de amores,  
Cuna de mirlos, jardín de flores,  
Taza de aromas embriagadores,  
    Huerto que encierra  
    mil ruseñores:  
        eso, señores,  
        eso es la Sierra.

Cristalinos arroyos bañan su suelo,  
Que murmuran y juegan como un chicuelo,  
Y en su afán presuroso de ir al abismo,  
Bulliciosos se juntan en uno mismo  
Que los lleve abrazados á la hondonada,  
Para así dar más jugo á su tierra amada;  
Hay grandiosos peñascos, lomas, alcores  
Y montañas inmensas que, á són de guerra,  
Sepultando aparecen sus moradores  
Entre frondas y arbustos de cien colores,  
Entre lindes y cerros de mil labores.

    Esta es mi patria, esta es mi tierra;  
    Jaula de tordos madrugadores,  
    Prados que ríen con sus verdores,  
    Bosques amenos arrulladores  
        Que vida encierran,  
        que dan amores,  
        eso, señores,  
        eso es la Sierra.

Rica mina de liebres y de perdices,  
De palomas, conejos y codornices;  
Cueva un día de corzos muy codiciados,  
Gamos, ciervos, raposas, osos, venados.  
De los lobos hambrientos y jabalíes,

Si te encuentras inerme, jamás te fies,  
Que sus fieros colmillos devoradores  
Y su garra sañuda, feroz, aterra.

Madriguera de topos fabricantes,  
Trono eterno de enjambres murmuradores,  
Cogujadas, jilgueros y ruiñeños,  
Son patrimonio de aquesta tierra,  
Que con serranos trabajadores,  
Nobles, bizarros, emprendedores,  
Francos, sencillos, madrugadores,  
El coro cierran  
de trovadores,  
siendo, señores,  
*prez de la Sierra.*

Conocida es la Armuña por sus trigales,  
Sus llanuras y campos sin manantiales,  
Y es la esposa cuitada que solariega,  
En su esposo el estío se afana y siega.  
La Ribera es famosa por la aceituna,  
Abundante en el ramo como ninguna,  
Y es la moza galante que, regalona,  
Entre sus rizos, teje verde corona.  
La Ribera y la Sierra son dos hermanas,  
Aunque yo las llamara primas lejanas,

Porque la Sierra  
Es la muchacha alegre de la montaña,  
Siempre inquieta, que brinca, corre con maña  
Por los riscos, siluetas, montes, laderas,  
Vericuetos y breñas y cordilleras,  
Y aunque á veces parezca que se derrumbe,  
No recela, no teme, nunca sucumbe.  
Es la joven que ciñe bellas guirnaldas  
De arrayanes y mirtos y de esmeraldas;  
Es la ninfa, hechicera de mil laureles,  
Que se mece al arrullo de sus verjeles;  
Es, en fin, de riquezas un gran conjunto  
Y de eternas bellezas eterno asunto:  
«Frutas, vinos, aceites, miel y licores,  
Ricas pieles de cabras y de becerra,  
Cales, mieses, maderas, aserradores,  
Caza, pastos, legumbres, mirlos cantores,  
Jara, brezo, tomillo, perlas y flores».

Todo lo junta, todo lo encierra  
Con mil afanes, con mil sudores,  
Con mil encantos, con mil primores  
La bella Hungría de mis amores:  
«Viva la tierra  
de mis loores.  
Viva, señores,  
viva la Sierra».

## II

En la Sierra hay un pueblo grande, espacioso,  
Rodeado de bosques, lindo y hermoso,  
Donde viven sus vidas unos paisanos  
Que son amor de mi amor, son mis hermanos.  
A este pueblo lo riega creciente río,  
Conocido en la Sierra por Ríofrío.  
Las fontanas que tiene con mil pilares  
Son otros tantos caños y surtidores

De agua pura, que beben sus moradores,  
 Este pueblo es el pueblo de mis pensares,  
 Este pueblo es el pueblo de mis amores,  
 Este pueblo es el pueblo de mis cantares,  
 Y á este pueblo, señores,  
 llaman Linares.

Huerto frondoso, cercado de cordilleras,  
 Alfombrado su suelo con mil praderas,  
 Oasis muy agradable para el verano,  
 Toldo de quitasoles para el serrano;  
 De huracanes y vientos fiel guardafreno  
 Pardo, fértil, bizarro, gentil y ameno...  
 Linares es llamado jardín del cielo  
 Por las lluvias que riegan siempre su suelo,  
 De aquí corre el adagio de boca en boca  
 Que «si el Pico Cervera pone su toca,  
 El jardín de Linares pronto se moja».  
 Y este adagio, señores, no es paradoja,  
 Siempre acierta, no falla, no se equivoca.  
 Linares, en fin, pueblo de mis altares,  
 Es un pueblo á quien nutre vital exceso  
 De viñedos y frutas y de olivares;  
 Aquí manda la Virgen del Buen Suceso;  
 Sin cipreses apenas, sin encinares,  
 Su paisaje es encanto, rico embeleso;  
 Mucho guindo, castaño, roble, sabueso,  
 Muchas jaras y brezos y tomillares,  
 Mucha caza, buen lino, reses lanares,  
 Mucha leche, buen queso,  
 Muchos telares:  
 Eso, señores, eso  
 Y más que eso,  
 Tiene Linares.

JESÚS FELIPE RODRÍGUEZ.





**Carta de una Infanta en honor de Santa Teresa á las damas argentinas.**—Por una feliz circunstancia podemos publicar unas cartas dirigidas por la Infanta Paz de Borbón, casada con el príncipe Fernando de Baviera, y dirigidas á distinguidísimas damas de nuestra sociedad, cartas en que la Infanta, entusiasta de las glorias españolas y que profesa intensas simpatías por la República Argentina y por la vinculación de nuestro país con España, solicita el concurso de la piedad argentina para la realización de la obra en que está empeñada, de erigir una basílica á la mística fundadora y eximia escritora, cuyas producciones han quedado como uno de los castizos modelos del bien hablar.

La Infanta Paz, hermana de Alfonso XII, y tía, por consiguiente, del rey de España, es una de las princesas que con más justicia goza del renombre de la virtud y de las bellísimas prendas personales que la adornan, y es seguro que no invocará en vano los sentimientos de nuestras damas, que hallarán ocasión de estrechar más y más los vínculos con la madre patria en el terreno de tan elevados sentimientos.

En la nueva basílica que encierre el sepulcro de la santa doctora, se hará constar en el mármol esta contribución generosa de la piedad argentina.

He aquí ahora las cartas de referencia:

«Señora doña Teodelina F. de Alvear.—Buenos Aires.—Distinguida señora: La confianza que suelen inspirar los sentimientos de piedad y religión, me alientan á escribir á usted para saludarla y pedirle su valioso concurso para una empresa en que han tomado con gusto parte todos los corazones devotos de Santa Teresa de Jesús y entusiastas de las glorias de nuestra raza.

Se trata de levantar en el lugar bendito en que se venera el cuerpo y el corazón de la Santa Madre Teresa de Jesús, en Alba de Tormes, un templo digno de la santa; proyecto grandioso que he heredado gustosamente del insigne obispo, y que fué de la diócesis de Salamanca, R. P. Fr. Tomás Cámara y Castro.

El gran obispo P. Cámara, comenzó con entusiasmo de apóstol la obra, pero su prematura muerte ocasionó la paralización de los trabajos, y entonces fué cuando yo, con el valioso concurso de mi hija la Infanta María Teresa y de tantas generosas y teresianas como la señora marquesa de Squilache y otras beneméritas damas de la sociedad española, me puse al frente del proyecto. Poco más de dos años van transcurridos, y con la ayuda de la santa y la generosidad de los fieles, hemos abierto ya al público tres capillas de las ocho que lleva la gran basílica teresiana.

Pero me he dicho: ¿No es Santa Teresa, además de ínclita santa, la gloria más insigne de nuestra raza? Por la historia gloriosa de su familia, ¿no pudiéramos por excelencia denominarla la santa hispano-americana? Pues acudiré á los españoles que viven allende los mares, y á los que, sin llevar el nombre de español, hablan la lengua que inmortalizó con su pluma Teresa de Jesús, en la seguridad de que habrá corazones que responderán á mi llamamiento. Y así lo he hecho, poniendo un mensaje teresiano en manos de la benemérita señora doña Elisa Uriburu de Castells.

Pero á usted, como al señor arzobispo y á la señora doña Mercedes de C. de Anchorena, cuyo celo por la religión y entusiasmos y devoción á Santa Teresa son conocidos, he querido dirigirme particularmente, pidiéndoles su cooperación especial en nombre de la santa, y pidiéndoles hagan suyo el proyecto y en esas

tierras procuren con sus trabajos, organizando suscripciones, asociaciones teresianas etc., ayudarnos á levantar la gran basílica teresiana.

Sé que pido tal vez mucho, pero en nombre de Santa Teresa me gusta pedir, porque pido para la gloriosa reformadora, que, como ella misma dijo, es de corazón agradecido y dará el ciento por uno á sus devotos y su bendición á todos.

Su affma., *Paz de Borbón*».

«Señora doña Mercedes C. de Anchorena.—Buenos Aires.—Distinguida señora: Los lazos de la caridad cristiana y el celo por la religión y la gloria de nuestros santos suelen establecer corrientes de secretas simpatías entre personas que no se conocen. Yo he oído hablar de usted en este mismo palacio, y, sin parar en miramientos humanos, me dirijo á usted en demanda de su cooperación para una empresa, en que están interesados todos los amantes de Santa Teresa de Jesús y de las glorias de nuestra raza, segura de que usted ha de seguirme.

Hace varios años que el insigne obispo de la diócesis de Salamanca, R. P. Fray Tomás Cámara y Castro, empezó en Alba de Tormes, lugar bendito en que se conserva el cuerpo, el corazón incorrupto y transverberado de Teresa de Jesús, un templo basílica, digno de la gran reformadora, honra de cuantos hablamos la lengua española, que la santa inmortalizó con sus áureos escritos. Murió el padre Cámara, y por falta de fondos, hubieron de paralizarse las obras, cuando, sentados los cimientos, empezaban á verse los muros de la gran basílica. Entonces yo, ayudada en mi empresa por el más amante de Santa Teresa, me puse al frente de las obras, que en poco más de dos años han aumentado considerablemente, hasta el punto de estar ya abiertas al culto tres de las ocho capillas, que llevará el grandioso templo teresiano.

Pero es mi ánimo, ya que la Santa Madre es una honra de raza y de lengua, hacer la empresa extensiva á cuantos se precian de llevar la sangre y hablar la lengua de Teresa de Jesús. He dado ya los primeros pasos en este camino, poniendo en manos de doña Elisa Uriburu de Castells un mensaje dirigido á los españoles que habitan en Buenos Aires y los hermanos que, sin llevar el nombre de españoles, llevan el espíritu y hablan la lengua de Teresa de Jesús. Confío en que en esas tierras habrá corazones en los que encuentre eco fecundo en apostolado y en obras mi llamamiento.

Á usted quiero dirigirme de una manera especialísima y directamente, porque dado su celo religioso y su devoción á la Santa Reformadora, estoy segura que ha de ser desde hoy una de mis entusiastas cooperadoras en la empresa de honrar como se merece á Teresa de Jesús y circundar su tumba del esplendor y de la gloria dignas de una Santa tan excelsa y gloriosa.

Ofrezca el sacrificio, que esa cooperación supone, á Teresa de Jesús, y en colaboración con el señor arzobispo y la señora de Castells y doña Teodelina F. de Alvear, á quienes he escrito también y otros devotos y devotas de la Santa, que en esos países responderán de seguro á mi llamamiento, trabajen por la gran obra, hagan suyo el proyecto teresiano, inicien suscripciones entre los particulares, en las parroquias, etc., organicen las asociaciones teresianas, y la Santa Madre Teresa de Jesús, de corazón agradecido, premiará á manos llenas sus trabajos y le bendecirá desde cielo, y en la tierra le quedará muy agradecida su affma., *Paz de Borbón*».

«Señora doña Elisa de Uriburu de Castells.—Distinguida señora: Qué mejor intermediario podría yo haber encontrado para transmitir un mensaje vivo á los españoles que habitan en Buenos Aires, que usted, cuyo nombre bendicen los corazones agradecidos!

Cuando la Marquesa de Squilache me dijo este año en Munich: «Hable con la señora de Castells, que está aquí, cuénteles su proyecto y verá el interés que tiene para todo lo que es español», la llamé á usted, con la confianza que me inspiran los consejos de la Marquesa de Squilache, y cuando nos encontramos cara á cara y nos dimos un apretón de manos, nos entendimos en pocas palabras. Se trataba de levantar un templo allí donde está enterrada una de las mayores glorias de la raza y de la lengua españolas.

Al visitar un día la tumba de Santa Teresa de Jesús, en Alba de Tormes, ví que se habían suspendido las obras de la Basílica, que empezaron á construir

el P. Cámara, Obispo de Salamanca, y la Duquesa de Alba, y volviéndome al canónigo doctor don Gonzalo Sanz, le dije: «Lo prometido es ley; tenemos que levantar la Basílica». Un grito de agradecimiento de los obreros, que antes se encontraban sin trabajo, fué la contestación. Ya estaba mi palabra empeñada, y un año ó menos después ya están terminadas tres capillas de las ocho que tendrá la Basílica.

Si usted tiene la bondad de pedir de mi parte un apoyo á los compatriotas y á nuestros hermanos de raza y de lengua, llegaremos tal vez á ver terminada la obra para el... centenario del nacimiento de la Santa.

Ella bendecirá á todos los que hayan contribuído á rodear su tumba de tanto esplendor. En esa tumba no reposa sólo una humilde religiosa; allí está la personificación del alma de la raza.

Cuéntele todo esto de mi parte, que Dios se lo pagará á todos y á usted le estima siempre agradecida su affma., *Paç de Borbón*».

«Excelentísimo señor don Mariano Espinosa, Arzobispo de Buenos Aires.—Reverendo Prelado: Las ausencias que de usted me han hecho me alientan para acudir á usted, confiada, en demanda de su valiosa cooperación para una empresa, en que están interesados todos los corazones que laten al calor de la idea católica y del espíritu de nuestra gloriosa raza.

El malogrado Obispo de la diócesis de Salamanca, R. P. Fray Tomás Cámara y Castro, en uno de los arranques tan corrientes en aquel corazón de apóstol, enamorado de Teresa de Jesús, tuvo la feliz idea de levantar un templo, digno de la Santa, y todo de piedra, en el lugar bendito en que se conserva y venera el corazón transverberado é incorrupto del Serafín del Carmelo. España entera respondió al llamamiento del celoso Obispo. Comenzaron los trabajos y, cuando ya sentados los cimientos, comenzaban á aparecer las sillerías de los gruesos muros, una muerte prematura privó á la diócesis salmantina del gran Obispo, y los corazones teresianos previeron que con la muerte del Padre Cámara vendría la paralización de los trabajos del templo teresiano.

Y así sucedió, hasta que por iniciativa mía y ayudada en la empresa por almas tan nobles y desinteresadas como la señora Marquesa de Squilache, se reanudaron los trabajos. Dos años, poco más, llevamos al frente de las obras, y ya se han terminado tres de las ocho capillas que llevará la Basílica Teresiana.

Tiempo hace que venía yo pensando en la manera de dirigirme á nuestros hermanos de raza y lengua, hasta que este verano puso la Providencia en mi camino á doña Elisa Uriburu de Castells. á quien he elegido por intermediaria del mensaje teresiano, que dirijo á los españoles de Buenos Aires, y á los que, sin ser españoles, llevan el espíritu y hablan la lengua de Teresa de Jesús.

Si usted, señor Arzobispo, tuviese la bondad de prestarme su colaboración y ayudar con sus prestigios y talentos á la señora de Castells á organizar las inscripciones y sociedades teresianas, quizás muy pronto mi hermoso proyecto se convertiría en realidad consoladora.

Espero que así se será, y entonces la Santa Madre le bendecirá á manos llenas, como bendice siempre á sus apóstoles y devotos, y en la tierra también le bendecirán las almas teresianas y en especial su affma., *Paç de Borbón*».

(De *El Diario*, el más importante de los periódicos de la Argentina).

\*  
\* \*

**Juegos florales hispano-portugueses, que se celebrarán en Salamanca el día 15 de Septiembre de 1909, presididos por S. M. la Reina de España. Mantenedor: Excelentísimo Sr. D. Segismundo Moret. —CARTEL DE TEMAS. —Españoles. —1. Premio de honor. —Poesía lírica, de asunto y metro libres. —2. Patria. —Poesía heroica. —3. Salmo, plegaria ó canción mística. —Premio del Excmo. Sr. Obispo de Salamanca (500 pesetas). —4. La mujer charra. —Soneto. —5. Crónica periodística. —6. Cuento ó novela corta. —7. Estudio sobre la literatura regional castellana. —8. La Salamanca universitaria del siglo xvii. —9. El descanso dominical: su influencia en la vida de los obreros. —10. La batalla de Arapiles. —Estudio técnico militar. —Portugueses. —1. Poesía de asunto y metro libres. —2. Poesía de carác-**

ter bucólico.—3. Soneto dedicado á una figura histórica portuguesa.—4. Poesía de carácter satírico.—5. Narración literaria sobre costumbres portuguesas.—6. Cuento ó novela corta —7. Estudio sobre el estado actual de la literatura portuguesa.—8. Tradiciones universitarias de Coimbra.—9. Bases para el intercambio intelectual entre Portugal y España.—10. Unión aduanera entre España y Portugal: sus ventajas y desventajas.

*Bases y advertencias.*—1.<sup>a</sup> Para todos estos temas se gestionan importantes premios en metálico.

2.<sup>a</sup> Los trabajos para este concurso, que han de ser inéditos, se remitirán en la forma acostumbrada.

3.<sup>a</sup> En la actualidad hay ofrecidos premios de los Reyes de España, de Su Alteza Real la Infanta D.<sup>a</sup> Paz de Borbón, de la Princesa de Hoenzoller, Infanta de Portugal, de los Diputados y Senadores de la provincia, y de otras ilustres personalidades.

El plazo de admisión termina, para los trabajos portugueses, el día 20 de Agosto de 1909. Para los trabajos españoles, el 31 de dicho mes.

La correspondencia se dirigirá al Sr. Rector del Colegio de San Ambrosio, Gibraltar, 2, Salamanca.

\* \* \*

**Reunión teresiana en el Palacio Episcopal.**—El jueves, 22 de Abril, á las once de la mañana, se celebró en el Palacio Episcopal una importante reunión de señoras para promover en esta diócesis la obra de la Basílica Teresiana en Alba de Tormes.

Fué una reunión concurrendísima. La abrió el Excmo. Sr. Obispo, á quien acompañaban el M. I. Sr. Provisor Vicario general y el Canónigo D. Tomás Redondo.

El Prelado expresó sus saluciones agradecidas para las señoras que habían atendido á su invitación. Propuso el objeto de la reunión: avivar los afectos teresianos de las damas salmantinas, en quienes confiaba hallar poderosas y decididas cooperadoras de la Basílica de Alba.

Confirmó en el cargo de Presidenta de la Junta diocesana, que se iba á constituir, á la señora de Rodríguez Miguel.

Propuso y fueron proclamadas para los cargos de Vicepresidenta, Secretaria y Tesorera, respectivamente, á D.<sup>a</sup> Teresa Maldonado, de Hurtado de Mendoza; D.<sup>a</sup> María Fadrique de Rodríguez Vega y Excma. Sra. Marquesa de Llén.

Y luego se procedió á elegir las señoras vocales de la Junta, resultando nombradas las señoras:

D.<sup>a</sup> Amalia Hernández de Sanz, D.<sup>a</sup> Aurea Belestá de Bautista, D.<sup>a</sup> Caridad Falcón de Mirat, D.<sup>a</sup> María Ureña de Casas, D.<sup>a</sup> Casilda Alonso de Morcillo, doña Teresa R. Vega de Partearroyo, D.<sup>a</sup> Rosario Guilarte de Berrueta, D.<sup>a</sup> Juana Sánchez de Vargas, D.<sup>a</sup> Sergia Brusi, viuda de Rodríguez Vega; D.<sup>a</sup> Petra Andrés de López, D.<sup>a</sup> Juana Primo Rivera de Zapata, D.<sup>a</sup> Francisca Zaballa, viuda de Domínguez; D.<sup>a</sup> Adela Peyra, viuda de Iscar.

Se dió lectura á los nombres de aquellas señoras que, por motivos, muy dignos de tenerse en cuenta, habían manifestado su sentimiento de no poder asistir á la reunión, adhiriéndose á los acuerdos.

El Prelado, muy satisfecho, dió por terminada la reunión con frases de alientos y esperanzas y proponiendo el nombramiento del Canónigo Sr. Redondo para Delegado diocesano y Consiliario de la Junta teresiana. Y así se acordó.

El Sr. Redondo mostró su reconocimiento, rindiéndose gustoso á la obediencia al Prelado y ofreciéndose á la Junta para trabajar por la gloria de Santa Teresa.